

Haced esto y jamás tropezaréis

En cualquier dirección que miremos, pareciera que estamos asediados con mensajes cuyo fin es meternos la idea de que necesitamos dientes más blancos o autos de mayor tamaño, que merecemos ropas más elegantes o artilugios más lujosos. Los publicistas saben que la única manera de vender sus productos es haciendo que los consumidores perciban necesidades en sus vidas.

Del mismo modo, los falsos maestros influyen a los cristianos convenciéndolos primero, de que carecen de cierta bendición espiritual. Cuando Pedro escribió su segunda carta, muchos maestros estaban afirmando que ellos tenían nuevas revelaciones.

LLEGAD A SER PARTICIPANTES DE LA NATURALEZA DIVINA (1.3–7)

Pedro les aseguró a sus lectores que ellos habían recibido todo lo que necesitaban, «mediante el conocimiento de aquel que [nos] llamó por su gloria y excelencia» (1.3). A través del mensaje de Pedro y de otros como él, los cristianos de Asia Menor habían llegado a ser herederos de todas las bendiciones de Cristo.

Fue mediante haber oído a sus maestros originales y haber obedecido al mensaje de ellos, que los cristianos a los que Pedro les escribió, nacieron de nuevo a una vida espiritual de unidad con Dios. La palabra que ellos habían recibido les había dado los recursos necesarios para resistir al pecado y para vivir como un pueblo redimido y santo. ¿Les habían brindado otros maestros acceso adicional a Dios, o les habían mostrado ellos algún nuevo estándar de moralidad? Pedro les aseguró a sus lectores que el mensaje que habían recibido de él, era la revelación completa de Dios. Ellos no carecían de nada.

Los lectores de Pedro habían recibido promesas y, a la vez, habían sido herederos de promesas —en

palabras de Pablo: «... de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús;...» (Hechos 13.32–33). Antes de que los últimos maestros llegaran, los lectores de Pedro ya habían experimentado el perdón de pecados mediante la sangre de Cristo. Ellos habían recibido la preciosa promesa de que, en aquel gran día del Señor, ellos serían salvos. No había promesa de los falsos maestros que pudiera compararse en grandeza con aquellas promesas que ya tenían en su haber los lectores de Pedro.

Los cristianos están espiritualmente unidos con Dios. Pablo decía: «Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva» (Romanos 6.4). La gracia de Dios concede participación en la naturaleza divina; el cristiano llega a ser puro y santo porque Cristo le ha perdonado sus pecados. Es de este modo que Él huye de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. ¿Podía alguno de estos que recién habían entrado en escena, brindarles a los cristianos algo que se comparara con la participación que ya tenían en la naturaleza divina? Cada vez que un cristiano oye a un maestro afirmando tener un nuevo mensaje del evangelio, una nueva revelación acerca de la segunda venida del Señor, o alguna interpretación de la Escritura que los hombres jamás habían oído anteriormente, él debe hacer uso de discreción. Podría hacer una pausa y preguntarse: «¿Ha demostrado ser deficiente el mensaje del evangelio que he oído desde el comienzo? ¿No promete lo suficiente?». Pedro dejó en claro en los versículos siguientes que cuando los cristianos se suplen ricamente de un carácter piadoso, ellos llegan a ser herederos de todas las promesas de Dios. La senda que lleva a un carácter piadoso se

describe en 1.5–7, el pasaje mejor conocido y más citado de la carta.

La fe es el punto de partida del peregrinaje cristiano, sin embargo, como lo expresa Santiago, «... la fe sin obras está muerta» (Santiago 2.26). Por lo tanto, dijo Pedro, «añadid a vuestra fe virtud» (1.5). Los cristianos están llamados a añadirle a su fe, las cualidades que conducen a la rectitud moral y a la integridad personal. A la virtud se nos dice que hemos de añadirle «conocimiento» (1.5). El conocimiento, en este contexto, es «la sabiduría de Dios», a la cual se refiere Pablo en 1^{era} de Corintios 2.7. Es el conocimiento de la verdad de Dios y el uso del conocimiento para darle gloria a Dios. Al conocimiento hemos de añadirle «dominio propio» (1.6). Pablo incluyó el dominio propio en su lista de los frutos del Espíritu (Gálatas 5.23). Uno de los Proverbios de Salomón dice: «Como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda» (Proverbios 25.28).

Al dominio propio hemos de añadirle «paciencia» (1.6), una palabra que a menudo transmite la idea de aceptación pasiva. El sentido de la palabra griega es una firme resistencia ante la presencia de obstáculos. A la paciencia, hemos de añadirle «piedad» (1.6). La piedad es la manera como actuamos cuando nuestras vidas guardan armonía con Dios, cuando todo lo que hacemos es agradar y honrarlo a Él.

A la piedad hemos de añadirle «afecto fraternal» (1.7). La misma palabra griega se usa en 1^{era} de Pedro 1.22, a la vez que una palabra parecida se usa en 1^{era} de Pedro 3.8. En el mundo secular significa a menudo amor por un hermano en la carne. En el Nuevo Testamento significa amor entre los hermanos en Cristo.

Al amor fraternal, dijo Pedro, debemos añadirle «amor» (1.7). Al igual que Pablo (1^{era} de Corintios 13.13), dejó de último a la princesa de las virtudes. Esta palabra es de dimensiones tan elevadas que no puede ser resumida en una sola frase.

PROCURAD HACER FIRME VUESTRA VOCACIÓN Y ELECCIÓN (1.8–15)

Pedro no se había apartado de su propósito, el cual era ayudarles a sus lectores a crecer en el conocimiento para que pudieran hacerle frente eficazmente a los falsos maestros. Esto fue lo que dijo: «Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo» (1.8). Cuando un cristiano le suple generosamente a su vida las virtudes mencionadas en la lista de 1.5–7, y cuando él las practica, el conocimiento de Cristo es la consecuencia natural. Pedro

estaba hablando acerca de conocimiento práctico, no teórico. Estos dos no son lo mismo. Alguien podría leer acerca de la gimnasia, por ejemplo, pero no *conocerá* acerca de la gimnasia, sino hasta que invierta gran parte de su vida en la práctica de ella.

En el ámbito de lo espiritual es lo mismo. Alguien podría leer acerca de la perseverancia, pero no *conocerá* acerca de la perseverancia, sino hasta que persevere. De modo parecido, no conocerá acerca del dominio propio, sino hasta que ejerza el dominio propio. El conocer la paciencia, el dominio propio y las demás virtudes cristianas, es conocer a Cristo. Es la acción lo que engendra al conocimiento. Si estas cosas abundan en nosotros, aseguraba el apóstol, seremos eficaces y productivos en el conocimiento de nuestro Señor. Uno que profese a Cristo y no conozca estas manifestaciones prácticas de la enseñanza cristiana, es ciego y ha olvidado (es decir, no conoce) que fue purificado de sus antiguos pecados (1.9).

Dios ha llamado, elegido y escogido un pueblo que lleve su nombre y que sea suyo. Es un concepto que llega hasta la esencia misma del cuerpo doctrinal del Antiguo Testamento. Después de que Moisés le dio la ley al pueblo escogido de Dios, todo aquel que era contado dentro de los escogidos, lo era por el solo hecho de haber nacido dentro de ese pueblo. Después de que Cristo estableció el nuevo pacto, somos contados dentro de los elegidos, por medio de la fe. La preocupación de Pedro era que la falta de conocimiento de sus lectores diera como resultado que recayeran de su condición de elegidos (1.10). La doctrina que dice: «Salvo una vez, salvo para siempre», no se encuentra en las Escrituras. Si hacemos firme nuestra vocación, decía Pedro, viviremos fielmente y tendremos una generosa bienvenida en el reino eterno de Dios (1.10–11). Pedro dejó en claro que él no estaba enseñando nada nuevo. Su único propósito era recordarles de lo que ya tenían como cierto (1.12). La necesidad de que se nos recuerde de lo que ya sabemos, es mayor que la necesidad de conocer alguna nueva enseñanza. Son los inmaduros e inestables, los que constantemente están buscando algo más, algo nuevo. La Biblia nos establecerá firmemente en la verdad. Toda enseñanza debe ser comparada cuidadosamente con la revelación de ella.

A diferencia de 1^{era} de Pedro, 2^a de Pedro contiene alusiones a incidentes de la vida de Pedro, los cuales pueden identificarse en los evangelios. En 2^a de Pedro 1.14, él se refirió a las palabras que Jesús le había hablado a Él:

De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios (Juan 21.18-19).

Pedro sabía que el momento para que se cumpliera la profecía del Señor, estaba cerca (1.14).

No fue a un evento del pasado al que Pedro se refirió en 1.15, sino a sus planes para el futuro. Esto fue lo que dijo: «También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas». Él quería que, después de su muerte, sus lectores recordaran las cosas que Cristo les había dado a conocer. Es probable que 1.15, se refiera a su propósito de dejar un relato de la vida de Cristo, para beneficio de sus lectores. No tenemos un evangelio de Pedro, pero el testimonio de la iglesia antigua es que el evangelio según Marcos lleva el sello de autoridad de Pedro. Es posible que en el evangelio según Marcos, tengamos el resultado del esfuerzo prometido por Pedro.

TENED CERTEZA DE VUESTRO CONOCIMIENTO DEL PODER Y LA SEGUNDA VENIDA DEL SEÑOR (1.16-21)

El versículo dieciséis dice: «Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad». Pedro dejó en claro la diferencia entre la autoridad de su propia enseñanza y la falta de autoridad de los falsos maestros. La enseñanza de éstos era el producto de «fábulas artificiosas». En 1.1-21, Pedro les dio dos importantes razones por las que debe escogerse el mensaje de los apóstoles y no aquellos relatos.

En primer lugar, Pedro fue un testigo presencial. Tanto en 1^{era} de Pedro 5.1, como en 2^a de Pedro 1.16, el apóstol apeló a su testimonio de Cristo como el sustento de su autoridad. En 1^{era} de Pedro no se refirió a un incidente específico, pero en 2^a de Pedro sí lo hizo (1.17-18). El incidente que escogió fue, sin duda, uno que ya les había relatado en persona a estos cristianos. Pedro, Jacobo y Juan habían estado con el Señor en el monte de la transfiguración cuando Moisés y Elías se le aparecieron y hablaron con Él. Algo más dramático ocurrió. La gloria majestuosa habló desde lo alto y dio el siguiente testimonio de Jesús: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». El incidente se relata en Mateo 17.1-5, Marcos 9.2-7, y Lucas 9.28-35. En los tres pasajes aparece una declaración adicional de parte

de Dios la cual dice: «... a él oíd».

En segundo lugar, el mensaje de Pedro tuvo el testimonio de los profetas. Los falsos maestros carecían tanto de relatos de testigos presenciales así como del respaldo de los profetas de Dios. Pedro les recomendó a sus lectores que estuvieran atentos a lo que los profetas habían dicho. La forma como lo traduce la Reina-Valera en 1.20, es causa de cierta confusión. Esto es lo que dice: «Ninguna profecía es de interpretación privada». Pedro no estaba diciéndonos que no deberíamos interpretar las Escrituras en privado. ¿Cómo podríamos saber lo que la palabra de Dios quiere decirnos a nosotros o a alguna otra persona, a menos que la interpretemos? Lo que estaba diciendo es que la profecía no es algo que se dé por la propia actuación en privado de un individuo. Fue Dios mismo quien inspiró a los profetas. Esa es la razón por la que el mensaje de éstos tiene el peso y la autoridad que tiene. La manera como lo traduce la NVI en 1.20, expresa la idea más claramente: «... ninguna profecía de la Escritura surgió de la interpretación del propio profeta». En la NASB se lee: «Ninguna profecía de la Escritura es asunto de la propia interpretación de uno».

CONCLUSIÓN

En el capítulo uno, Pedro le dio énfasis al conocimiento. Ya no eran los padecimientos de sus lectores lo que le preocupaba al apóstol. Su preocupación era con los falsos maestros que habían entrado en las congregaciones y amenazaban con quitarles a los cristianos la vida que recién habían obtenido. Pedro les recordó de las grandes y preciosas promesas que ellos habían heredado. Los llamó a crecer en el conocimiento, revistiéndose de todas las virtudes cristianas que los llevarían a dar fruto en el conocimiento de Cristo.

Era importante que estos cristianos entendieran que la autoridad de Pedro provenía de su condición de apóstol. Un contraste implícito existía entre su testimonio y el hecho de que los falsos maestros recién habían entrado en escena. Además, Pedro apeló a los profetas para darle sustento a su mensaje.

Nosotros también podemos aprender de las palabras de Pedro. Los falsos maestros no pertenecieron exclusivamente al primer siglo. Toda generación debe escudriñar las Escrituras y examinar toda doctrina. La iglesia de hoy día necesita un recordatorio frecuente en el sentido de que el Señor nos ha dado en Su palabra «todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia» (1.3). ■